

## LA SOCIEDAD CIVICA LA CIUDAD JARDÍN (PRIMER EDITORIAL DE CIVITAS)\*

*Este texto ocupó las primeras páginas de Civitas que vieron la luz. Estaba destinado, en principio, a presentar la institución responsable de la edición de la revista e iba seguido de un segundo editorial más breve, titulado "Nuestra revista", en el que se exponía el "objeto y plan" de la publicación.*

*En este momento quedan públicamente establecidos los intereses de la sociedad y su revista, que se proyectan en un doble sentido: las grandes poblaciones y sus males - que se interpretan como derivados del abandono de su desarrollo al "azar de la pura iniciativa privada"- y la ciudad jardín como máximo exponente de las posibilidades de racionalización del desarrollo urbano. Como curiosidad, cabe apuntar que en este texto se mencionan ya algunas cuestiones entonces emergentes y hoy de gran actualidad, como el tráfico automovilístico y el potencial como recurso cultural y turístico del patrimonio urbano.*

No puede desconocerse la importancia capital que revisten hoy día los problemas que afectan a la ordenación de la vida cívica y al desarrollo de las ciudades. Siendo la ciudad, por así decirlo, el más alto exponente y el más intenso factor de la vida social, todo lo que contribuye a adaptarla a su fin civilizador debe considerarse como materia principal de estudio y de aplicación para todo el que tenga conciencia de los deberes colectivos. Particularmente el arquitecto, el médico, el ingeniero, el economista, el sociólogo, el educador y el artista, tienen aquí un campo inmenso donde desarrollar en beneficio de los más altos ideales humanos los mil diversos y vastos cometidos que la técnica, en su colosal expansión, pone actualmente en sus manos. La época de las ciudades creciendo al azar de la pura iniciativa privada, sin otras miras que el inmediato provecho individual, puede darse hoy día por virtualmente terminada. Así al menos lo ha proclamado universalmente la ciencia, y así, aun más, lo han tenido que reconocer a sus costas precisamente aquellas naciones que, por haberse adelantado en el camino del progreso, han sido las primeras en tocar las consecuencias de su antiguo abandono. El hacinamiento en las moradas, con sus desastrosas consecuencias inmediatas para la clase proletaria, de la inmoralidad, del alcoholismo, la tuberculosis, alta morbilidad y mortalidad, degeneración física,

---

\* "La Sociedad Cívica La Ciudad Jardín", *Civitas*, Barcelona, I época, vol. 1, núm. 1, marzo 1914, pp. 3-5 [Biblioteca del Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña, Barcelona].

etc.; la fealdad y vulgaridad del medio ambiente que fatalmente a la larga viene a repercutir en los espíritus; los odios de clase, atizados por el acerbo contraste entre el extremo lujo y la extrema miseria que se codean en nuestras calles; el encarecimiento exorbitante de la vida, y sobre todo, del terreno en las grandes capitales, efecto de la especulación desenfrenada de que es objeto, he aquí una pequeña lista de los resultados que ha producido el espíritu miope, mezquino y egoísta con que hasta el presente se han considerado los trascendentales problemas que nacen de la vida ciudadana. Y aunque nuestro relativo atraso en España nos ha preservado, hasta ahora, de sufrir estos males en los agudos términos de otros países, no por eso dejan de presentarse amenazadores en nuestras capitales, donde el conflicto se agrava con el bajo nivel de cultura individual y social de nuestro pueblo.

Justamente la ciudad, fruto supremo de la cultura nacional, deviene por ley natural la semilla fecunda de su futuro progreso, y así todos aquellos males que la desidia de largas generaciones acumuló en los recintos urbanos, tan pronto como un nuevo concepto orgánico y social de la ciudad se abre paso, conviértense en benéficos influjos, que se traducen inmediatamente en la mayor salud y capacidad física, moral e intelectual de las nuevas razas criadas en un medio ambiente más favorable<sup>1</sup>.

Particularmente en España, donde la degeneración física del pueblo ha alcanzado límites que, de conocerse con exactitud, harían estremecer al más indiferente, no hay duda que una gran parte de las causas que a ello conducen puede derivarse más o menos directamente de las malas condiciones de los crecientes núcleos urbanos, que rápidamente absorben todas las reservas vitales de la población campesina; lo cual es tanto más lamentable cuanto que la relativamente ligera concentración urbana de nuestro país, sólo en principio industrializado, permitiría un fácil remedio a tal desgracia, con sólo encauzar el desarrollo de las ciudades de un modo más racional, permitiendo en algún modo combinar las ventajas de la vida cívica con las de la campestre.

No menos importante que este aspecto higiénico y social de la cuestión es su aspecto estético, sobre el cual no ya tan sólo las clases menos acomodadas, sino todas, en general, debieran poner la mayor atención. Hoy todavía, gracias por fortuna a un atraso secular, consérvanse en nuestras ciudades y sus alrededores magníficos monumentos, vías y barrios del más alto valor arqueológico, y

---

<sup>1</sup> La mortalidad media por 100 (habitantes, N. del E.) fué en 1908 de 1'53 en Berlín, 1'88 en Londres, 1'86 en París, 2'75 en Moscou, 2'43 en Barcelona, 2'83 en Madrid (1906).

Al lado de estos datos es interesante exponer los siguientes relativos a las Ciudades-Jardines inglesas: en Port-Sunlight la mortalidad varía entre 0'8 y 0'9 por 100; en Bournville es aun menor: 0'63 por 100 (durante los años 1903 a 1907) y 0'57 últimamente, mientras que en el distrito urbano circunvecino es de 1'05 y en Birmingham de 1'72 por 100, y la mortalidad media en Inglaterra y Gales es de 1'57 por 100.

La mortalidad infantil no es más que de 7'25 por 100 en Bournville y de 3'85 en Letchworth, contra el 14'50 por 100 en veintiséis grandes ciudades y 13'47 por 100 en Inglaterra y Gales, por término medio.

artístico, vistas y lugares pintorescos y otras mil maravillas que, desgraciadamente, un mal entendido interés comercial está destruyendo con rapidez vertiginosa. No sólo el interés histórico y artístico, sino el puro mercantil, deben aprestarse a salvar de esta riquísima herencia de nuestro glorioso pasado cuánto sea posible, ya que los hechos demuestran que ello constituye un capital de valor inestimable que con el tiempo podría ser, en manos de nuestras históricas poblaciones, un verdadero monopolio, verbigracia, para la explotación del turismo, esta lucrativa industria colectiva que constituye hoy día una de las principales riquezas de naciones no menos favorecidas que España en este particular.

Añádese a éstos el aspecto puramente económico de la cuestión, consistente en la necesidad siempre creciente (sobre todo desde la actual revolución operada en los transportes por el automovilismo y la electrificación de líneas férreas) de regular las comunicaciones urbanas en la forma más conveniente para el tráfico, evitando con previsión los obstáculos que a su libre curso suele oponer la grande especulación de terrenos en las capitales, como, v.gr., asegurando de antemano el adecuado emplazamiento de estaciones, edificios públicos, mercados y centros de reunión, así como un trazado metódico de las principales arterias de tránsito; añádese aún otra porción de problemas de carácter entre administrativo y económico, que íntimamente se enlazan con las cuestiones indicadas, como el de las subsistencias y el aprovisionamiento de las ciudades, la educación cívica, y, en general, todo lo que de algún modo se encamina a la vigorización de los diversos ramos de la administración local, cuya vida tanto padece por falta del necesario ambiente en la opinión; súmense estos nuevos puntos de vista y tendremos un esbozo aproximado de la inmensa, pero indispensable labor que se ofrece con insistencia a la atención de todos los que desean el común bienestar.

Todas estas diversas aspiraciones, después de haber removido profundamente la opinión de los pueblos más progresivos, han hallado una feliz encarnación en la idea la Ciudad Jardín, que, en mayor o menor escala y bajo principios más o menos depurados, informa una multitud de empresas que se están lanzando y desarrollando en número y con éxito siempre crecientes en casi todos los países civilizados. Y esta idea, al principio considerada como utópica, pero que los hechos han demostrado ser todo lo contrario, ha producido, entre sus muchos resultados positivos, el beneficio indirecto, aunque no menos apreciable, de impulsar poderosamente a las viejas ciudades europeas y americanas en el camino de activas y fecundas campañas reformadoras, en gran parte directamente inspiradas en los mismos principios. Trátase, pues, de una *Idea fuerza*, que es preciso recoger, no sólo como objeto en sí perfecta y fácilmente realizable, sino también como bandera de unión entre los que se aprestan a las grandes campañas reformadoras antes indicadas.

De todo lo cual resulta que, si por una parte se impone la creación, allí donde las corrientes migratorias lo aconsejen, de villas y ciudades modelos que

puedan desarrollarse libres de las trabas que la herencia del pasado opone al conveniente desarrollo de los núcleos de población existentes no menos importante que este aspecto que podría llamarse radical de la cuestión, es la tendencia moderada que lógica y paralelamente debe acompañarle, dirigida a encauzar, en lo posible, el futuro desarrollo de las ciudades existentes, bajo líneas tan semejantes como sea posible a las de los modelos antedichos. Ambas acciones son igualmente necesarias e igualmente recomendables como método eficaz para lograr un mayor orden, salubridad y belleza en nuestra actual vida ciudadana.

Procedentes de los campos más opuestos en cuestión de política y creencias, todas estas consideraciones han venido, hace tiempo, cristalizándose en aspiraciones positivas, y, dada la íntima conexión de unas con otras, las diferentes personas y grupos que las sustentaban han venido naturalmente a ponerse de acuerdo ante la necesidad evidente de colaborar unos con otros a fin de obtener el mayor provecho de sus particulares esfuerzos. Así es como aquellas aspiraciones han llegado a concretarse en una fórmula común que auna todos los anhelos, como es la “Sociedad Cívica La Ciudad Jardín”, que bajo la tutela del Museo Social de Barcelona se constituyó legalmente en 15 de julio de 1912, y de cuya organización y funcionamiento pueden dar una idea las notas en otro lugar insertas.